

UN POEMA ESCONDIDO DE MANUEL MACHADO Y OTRAS PERPLEJIDADES BIBLIOGRAFICAS (Notas para la historia literaria de la guerra de 1936)

Miguel d'Ors

Los versos del combatiente, del Sargento de Morteros José R. Camacho¹, es uno de los muchos libros de poesía comprometida publicados en España a lo largo de la guerra de 1936-1939; una pieza más en un vasto mosaico todavía semidesconocido².

El volumen se inicia con un romance, *Dedicatoria al Caudillo*, que dice así:

1. Ediciones Arriba, s.l. [Bilbao], diciembre 1938.
2. A pesar de que María José Montes reunió un extenso repertorio bibliográfico en su libro *La guerra española en la creación literaria (Ensayo bibliográfico)*, Anejos de "Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939)", Madrid, 1970, p. 69-99; repertorio que, además de una utilísima ayuda, era toda una incitación al estudio de la historia poética de aquel trienio. Existen, desde luego, algunos trabajos de conjunto: J. Lechner, *El compromiso en la poesía española del siglo XX*, 2 vols., Universitaire Pers, Leiden, 1968-1975 (que dedica al período de la guerra la última parte del vol. I); F. Díaz-Plaja, *Los poetas en la guerra civil española*, Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, 1976, y N. Calamai, *El compromiso en la poesía de la guerra civil española*, Laia, Barcelona, 1979 (que en la cubierta presenta un título algo distinto). Pero ninguno de ellos puede considerarse muy satisfactorio: el librito de Díaz-Plaja, que es sin duda el de enfoque más desapasionado, es casi una mera recopilación de poemas con mínimos comentarios. Lechner parte de una posición ideológica prorrepública, lo que le lleva a conceder muy poca atención —en términos relativos— a los poetas del bando insurrecto, no obstante lo cual su libro es el más útil de todos los dedicados al tema. Calamai sí se ocupa proporcionalmente de la poesía de los nacionalistas, pero, vinculada al comunismo por lazos ideológicos y hasta familiares —el libro incluso lleva un poema prologal de Rafael Alberti...— y convencida, además, de que la doctrina que defendían los poetas del sector franquista "era filosófica y humanamente pobre y confusa, con un neto predominio de lo emotivo sobre lo racional" (p. 20), lleva el maniqueísmo —a veces quizá más que por sectarismo por desconocimiento de la lengua española— a extremos caricaturescos.

MIGUEL D'ORS

Capitán: Estas canciones
que en pos de tu gloria van,
ni premio ni aplauso piden,
les basta oírse cantar
por los soldados de España
en la guerra y en la paz,
ya que en España soldados
ha de haber, sólo, de hoy más.

Pero, pues son españolas,
tuyas son, tenlas allá,
amapolas de tu campo,
claveles de tu ciudad.
Recíbelas en tu gracia
y tu aprobación les dá.
(Con la sombra de tu mano
es bastante, Capitán).

ENVIO

Príncipe: De estas canciones
nunca el autor se sabrá,
son de nadie y son de todos
los que las quieran cantar,
que al fundir el corazón
con el alma popular,
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad.

(p. 5-6)

Al leer por primera vez este poema —de evidente mediocridad estética, aunque ideológica y retóricamente muy enjundioso—, algunos de sus versos me resultaron familiares. Tras las oportunas pesquisas, pude comprobar que, en efecto, en el libro de Manuel Machado *Sevilla y otros poemas*³ figura la composición, titulada *Cualquiera canta un cantar*, que reproduzco a continuación:

Hasta que el pueblo las canta
las coplas coplas no son,
y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe el autor.

3. Editorial-América, Madrid, s.a. [¿1918?], p. 37-40.

UN POEMA ESCONDIDO DE MANUEL MACHADO

Tal es la gloria, Guillén,
de los que escriben cantares:
oir decir á la gente
que no los ha escrito nadie.

Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo á parar
aunque dejen de ser tuyas
para ser de los demás.

Que al fundir el corazón
en el alma popular
lo que se pierde de nombre
se gana de eternidad⁴.

Pero esta coincidencia (que en los últimos versos llega, como se ve, mucho más allá de lo meramente conceptual) no es única. En otro poemario del propio Manuel Machado, *Cadencias de cadencias (Nuevas dedicatorias)*⁵ aparece una pieza titulada *Saludo a Franco* y fechada en Madrid en marzo de 1939⁶ que concluye con estos versos:

De tu soberbia campaña,
Caudillo, noble y valiente,
ha surgido nuevamente
una grande y libre España.
Que sean tu nueva hazaña
estas paces, que unirán
en un mismo y puro afán
al hermano y el hermano...
¡Con la sombra de tu mano
es bastante, Capitán!⁷

4. La pieza apareció inicialmente en el libro de Santiago Guillén, *Pinceladas. (Coplas y pensamientos rimados)*, Imp. "Alrededor del mundo", Madrid, 1918, p. 13-14, y expresa conceptos muy reiterados por Machado a lo largo de su vida: desde el prólogo de *Cante hondo* (1912) y el poema *El cantar* del mismo libro hasta la entrevista que le hizo C.J. Cela, "Los españoles pintados por sí mismos", *Arriba*, 18 abr. 1944, p. 4, pasando por el artículo "Un libro nuevo y un poeta de siempre", recogido en *La guerra literaria (1898-1914)* (1913), y el discurso "Semi-poesía y posibilidad", con el que Manuel ingresó en la Real Academia Española en 1938, y que fue impreso, junto con la contestación de José María Pemán, en el volumen titulado *Unos versos, un alma y una época*, Ediciones Españolas, Madrid, 1940.
5. Editora Nacional, Madrid, 1943, p. 67-68.
6. Aunque esta fecha no es completamente auténtica, como demuestro en mi edición de la *Poesía de guerra y posguerra* de Manuel Machado, de próxima aparición.
7. *Saludo a Franco* es uno de los varios textos panegíricos que Manuel dedicó al Caudillo entre

en los que vuelve a producirse una repetición literal.

La explicación más obvia de la primera coincidencia —la de un caso de plagio protagonizado por ese oscuro suboficial José R. Camacho, de cuya afición poética no se conocen más vestigios— queda ya imposibilitada por el propio texto de la *Dedicatoria al Caudillo*:

Príncipe: De estas canciones
nunca el autor se sabrá.

Esto significa, en buena lógica, que ese Sargento de Morteros José R. Camacho es una mera máscara, tras la que oculta su identidad el verdadero autor de *Los versos del combatiente*⁸. ¿El mismo Manuel Machado, que en 1939 aprovecharía unos versos tras ese pseudónimo, al que habría que trasladar la acusación de plagio, pero con la extrañísima circunstancia de que en 1939 —“Ojo por ojo...”— pasaría a ser “plagiador plagiado” por su propia víctima en *Saludo a Franco*? Esta última hipótesis resulta sumamente tortuosa, pero, no siendo metafísicamente imposible, no basta para dar el problema por zanjado.

La dirección de la salida de este laberinto —evidentemente mínimo e inofensivo— se la debo a mi erudito amigo el P. Gabriel M. Verd, que me dio noticia de un breve artículo periodístico de Luis Rosales en el que el poeta granadino, evocando la figura de José María Pemán, hacía una alusión al libro que me ocupa⁹. “En él —escribía Rosales—, intervinimos los poetas que estábamos en Burgos: Manuel Machado; José María Pemán, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Luis-Felipe Vivanco, Leopoldo Panero y yo”. Así, pues, quien se enmascaraba tras el nombre de José R. Camacho no era un solo poeta, sino un grupo bastante cuantioso: los principales líricos del bando de Franco, unidos en una especie de frente poético intergeneracional (hecho que, por cierto, aumenta considerablemente el interés histórico de la obra). Y agrega Rosales: “A mí me tocó la parte más extensa de la tarea”.

Ya que la *Dedicatoria al Caudillo* copia unos versos manuelmachadianos de 1918 y anticipa otros de 1939, y dado que tenemos constancia de que Machado intervino en *Los versos del combatiente*, parece forzoso suponer —y

1937 y 1944. Cf. mi artículo “Manuel Machado y Galicia”, *Letras de Deusto*, 12, 1982, p. 7, n. 1, y las notas pertinentes en mi edición antes citada.

8. Debo indicar que el Sargento de Morteros José R. Camacho no aparece en el *Diccionario de seudónimos literarios españoles, con algunas iniciales* de P.P. Rogers y F.A. Lapuente, Gredos, Madrid, 1977.

9. L. Rosales, “Magnífico como escritor, insuperable como hombre”, *ABC*, 21 jul. 1981, p. 28.

así queda explicada la primera parte del título de este trabajo— que esa composición en honor de Franco es una de las aportaciones de Manuel —un texto, pues, que habrá que incorporar a esas *Poesías completas* tuyas de que estamos tan necesitados—, aunque el poeta sevillano, como los demás colaboradores del libro, optó, por alguna razón ahora difícil de adivinar, por permanecer en el anonimato y atribuir la obra a un único autor, imaginario: ese Sargento de Morteros José R. Camacho.

¿Imaginario? Este artículo hubiera podido terminar en la línea anterior si no resultara ser precisamente *Camacho* el segundo apellido de Luis Rosales, si la *R* no pudiera interpretarse como la inicial de *Rosales* y si Luis Rosales Camacho no hubiese tenido un hermano llamado exactamente José Rosales Camacho (1911-1978), personaje muy conocido en Granada como “Pepiniqui”, que, según he podido comprobar, llegó en efecto a sargento de morteros dentro de una bandera de la Falange¹⁰.

Todo parece indicar, entonces, que José Rosales “prestó” su nombre, ligeramente desfigurado por la abreviatura, para la cubierta de *Los versos del combatiente*, escritos en Burgos por camaradas suyos y por su propio hermano Luis. También, muy lejos en el tiempo, D. Francisco Lobón de Salazar, cura de Villagarcía de Campos y hermano de un jesuita, aceptó figurar como autor del *Fray Gerundio* para encubrir al P. Isla, verdadero creador de la obra.

21

Conocemos los motivos de aquella suplantación: Isla preveía la difusión que iba a tener su libro, la irritación que su sátira había de provocar en las órdenes mendicantes, casi monopolizadoras del *gerundismo*, y las enemistades y asechanzas que podía llegar a deparar a la Compañía; y no pudo ocultarse en el anonimato total ni tras un pseudónimo o un anagrama por prohibírselo el Juez de Imprentas. Pero ¿qué razones tuvieron Machado, Pemán, Foxá, Ridruejo, etc., para, estando en Burgos, no figurar como autores de sus poemas recogidos en *Los versos del combatiente*, o José Rosales Camacho para atribuirse —o dejarse atribuir— un libro que no había escrito él? ¿Quizá por ser una publicación destinada a los soldados —recuérdese su título y lo que declara la primera estrofa de la dedicatoria— se consideró preferible que fuese firmada por uno de éstos? ¿Por qué quedó semioculto el primer apellido de “Pepiniqui” si lo que importaba era, precisamente, que al frente del volu-

10. Agradezco a María José y José Carlos Rosales Escribano, hijos de José Rosales, sus amables comunicaciones acerca de su padre. Una reproducción fotográfica del carnet de éste como militante de F.E.T. y de las J.O.N.S., fechado en Granada el 15 de noviembre de 1938. —*Los versos del combatiente* se imprimieron en Bilbao en diciembre—, puede verse en la p. 195 del libro de J.L. Vila-San-Juan, *García Lorca, asesinado: toda la verdad*, Planeta, Barcelona, 1975.

men apareciese el nombre de un combatiente real y reconocible? ¿Es que Luis Rosales no deseaba que el libro pudiese ser relacionado con su persona y procuró encubrir el parentesco que el *Rosales* completo delataría? ¿Acaso la intención propagandística de aquellos versos los disminuía estéticamente a los ojos de sus mismos autores hasta el punto de que éstos prefirieron disimular su paternidad? ¿Cómo podría aceptarse esta explicación si la mayoría —por lo menos— de los colaboradores del libro publicaron sin rebozo poemas igualmente propagandísticos y de calidad no superior?.

Hay en *Los versos del combatiente* una particularidad acaso no carente de significado: por un lado, la portada no consigna la identidad del autor, en contra del uso universalmente establecido, sino que presenta la obra como rigurosamente anónima, en perfecta consonancia con aquello de que “nunca el autor se sabrá”; pero en la cubierta —verosímilmente impresa con posterioridad al resto del volumen— sí figura el nombre del supuesto autor. Esto suscita una nueva pregunta: ¿tuvieron inicialmente los coautores el propósito de publicar el libro como anónimo y por algún motivo cambiaron luego de idea y lo atribuyeron —ya sólo en la cubierta— a José Rosales?

De todas estas cosas debe de saber algo Luis Rosales, único superviviente, en este septiembre de 1982, de aquel curioso episodio de la historia literaria de la guerra de España.